

cer los lados vulnerables de la secta que aquel defendía, le superaba en talento. En el concilio celebrado en Hipona en 393, explicó de una manera tan admirable el Símbolo de la fe, que los obispos convinieron unánimemente en que merecía ser su compañero, como en efecto fué nombrado en el concilio de 395, dándole por coadjutor á Valerio en la silla de aquella ciudad.

En cuantos actos y concilios se celebraron entonces, brilló la sabiduría de esta lumbrera insigne de la Iglesia ya confundiendo con inflexible lógica, filosofía y erudición cuantos errores pretendían empañar su lustre como sucedió en la conferencia pública que tuvo con Félix, uno de los mas acérrimos sectarios del maniqueísmo, á quien no solo venció sino que también logró hacer que adjurase su doctrina; ora trabajando infatigablemente y desplegando toda la influencia que tenía con sus colegas en favor de la unidad de la Iglesia, como sucedió en 411, hallándose reunidos algunos obispos católicos y donatistas. A esta piadosa propaganda contribuía también la sociedad de los clérigos que había establecido en su casa episcopal, y con quienes vivía. Aún no eran suficientes estos triunfos de la inteligencia, de la virtud y de la religión, para apagar el clamor de los paganos que á falta de razones, atribuían las irrupciones de los bárbaros y las desgracias del imperio, al establecimiento del cristianismo y á la destrucción de los templos donde recibían culto sus ídolos. Para acallar, pues, tan vanos clamores, publicó *La Ciudad de Dios* cuyo solo título recuerda, aún á las personas menos versadas en las letras, uno de los más grandes y bellos monumentos de que puede envanecerse la literatura; basta decir que es la obra maestra de San Agus-